

## SAN VICENTE DE PAÚL Y ANDRÉS COINDRE. VIDAS PARALELAS

Entre las obras de predicación del Padre Coindre encontramos dos sermones panegíricos dedicados a San Vicente de Paúl. Se trata de dos piezas oratorias que manifiestan el talento del fundador para la predicación. Pero también muestran la incondicional admiración que sentía Andrés Coindre por la vida y la obra de San Vicente de Paúl. A medida que te adentras en la lectura de los dos sermones parece como si la vida del Padre Coindre fuera una réplica de la vida y la obra del fundador de las Hijas de la Caridad.

El Hermano Bernard Couvillon ya había apuntado las coincidencias evidentes en la vida de ambos fundadores : *“Como Vicente, Andrés fue un predicador que ‘habló en nombre de la compasión’; como Vicente, fundó una sociedad misionera y congregaciones religiosas motivadas por ‘la compasión y la caridad’ para acoger a niños abandonados. Como Vicente, hizo su opción vocacional tras oír esta llamada de Dios: ‘He sido testigo de la aflicción de mi gente y te he elegido como instrumento de mi misericordia’ (cf. Notes, p. 187, 195, 183).”* (La opción por la compasión, pág. 29)

En efecto, hay paralelos biográficos realmente significativos. Si Vicente funda las Hijas de la Caridad para atender a los más necesitados, el mismo impulso tiene el Padre Coindre al fundar a las religiosas de Jesús María y a los Hermanos del Sagrado Corazón. Si Vicente funda la Congregación de la Misión, también llamados Padres Lazaristas, para predicar las misiones populares, Andrés funda los Padres del Sagrado Corazón de Monistrol persiguiendo el mismo fin. Los dos son sacerdotes que, a pesar de que han alcanzado una posición social que les permite vivir con comodidad y sin contratiempos, deciden llegar hasta la exigencia evangélica para dejar todo lo que tienen y dárselo a los pobres.

No hay que olvidar, además, que el padre de Andrés se llamaba Vicente, y que su hermano, también segundo superior general del Instituto, era Francisco Vicente. No sería pues de extrañar que la devoción por San Vicente de Paúl no sólo fuera una devoción personal sino que también tuviera raíces familiares. Estos detalles pueden parecer anecdóticos, pero son importantes cuando se trata de construir una biografía de la que ya conocemos bastante bien la sucesión de los hechos, pero que adolece de un estudio de las motivaciones y de la inspiración espiritual de nuestro fundador.

La tradición de poner dos vidas frente a frente proviene de la antigüedad. Encontramos su máxima expresión en Plutarco y sus *Vidas Paralelas*. El autor opone un personaje griego y otro romano para poner de manifiesto el carácter moral de cada uno de ellos, además de narrar los acontecimientos sociales y políticos de la época. Fue uno de los libros más estudiados y citados del Renacimiento y el Barroco. También formó parte de los libros preferidos por los predicadores. Plutarco era un autor, que por su buen estilo y la altura moral de su obra se podía citar desde el púlpito sin incurrir en peligro de paganidad.

Los primeros cristianos imitaron el estilo de Plutarco para elaborar las primeras vidas de santos. La cultura medieval y el renacimiento estuvieron llenas de retratos literarios

de santos que tenían como principal misión servir de modelo a otros para alcanzar la santidad. Para ello había que hacer una narración atractiva, dotándola de recursos literarios y a veces hasta folclóricos, para atraer la atención del lector. Hay que tener en cuenta que la palabra lectura en la Edad Media era sinónimo de lectura de las vidas de santos. Todos conocemos la experiencia de San Ignacio de Loyola. Se convirtió leyendo la vida de San Onofre, contenida en *Flos Sanctorum* ( así se llamaban la colecciones de vidas de santos) que le habían prestado durante su convalecencia.

Sabemos que el Padre Coindre manejaba al menos dos biografías de San Vicente de Paúl. En los archivos de las religiosas de Jesús-María tenemos la biografía escrita por el Padre Collet, con la firma autógrafa de Coindre en su portada. Este libro era suyo, de Coindre, seguramente viajaba con él y llegó a los archivos de nuestras hermanas junto con sus últimos objetos personales. El Padre Collet fue un sacerdote de la Congregación de la Misión que escribió la segunda gran biografía de Vicente de Paúl. Fue publicada en 1748, aunque la edición perteneciente a nuestro fundador está impresa en Lyon en 1811.

El otro libro del que hablamos es la primera biografía de San Vicente de Paúl, escrita por Monseñor Luis Abelly, Obispo de Rodez, y publicada en 1664. Abelly era amigo íntimo del santo, y su obra monumental sigue siendo la referencia indispensable para cualquier estudio sobre el santo de la caridad. El libro lleva por título *La Vida del Venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl, Fundador y Primer Superior General de la Congregación de la Misión*.

Coindre conoció este libro en el seminario. Aparece en el *Breve Manual para el uso del seminario de San Ireneo* publicado en Lyon en 1833. Este es un manual destinado a los seminaristas y a los jóvenes sacerdotes egresados del seminario lionés. El último capítulo lleva por título “Pequeña biblioteca para uso de un joven sacerdote”. Dice entre otras cosas: “un sacerdote sin libros es un sacerdote ignorante. Un sacerdote ignorante está fuera del camino de la salvación, porque en lugar de ser la luz del mundo no es más que un guía ciego que se precipitará en el abismo junto a las almas a las que debe conducir al cielo. Aconsejamos pues a los sacerdotes que comiencen cuanto antes a hacerse una pequeña biblioteca. Lo importante no es tener muchos libros, sino tener solo los buenos y no tener miedo de volver a leer los mismos, siempre que estén bien elegidos.”

El manual recomienda libros de Sagrada Escritura, Comentarios, Liturgia, Concilios, etc. En cada apartado aparecen hasta media docena de títulos. Cuando se llega a las vidas de santos, en lugar preferente está la Vida de San Vicente de Paúl, de Abelly. Un libro que sin lugar a dudas se encontraba en la biblioteca del Seminario de San Ireneo y que es más que probable que Andrés lo conociera muy bien.

Así pues, sabemos que Andrés poseía la biografía escrita por Collet y que había leído desde muy joven la obra monumental de Abelly. Tenemos la suerte de que también conservamos dos sermones dedicados al santo de la caridad. Al leer estos sermones, hay pasajes de texto en el que uno no sabe si está leyendo las vicisitudes de uno u otro. En los próximos trabajos vamos a partir de la tesis de que la figura de San

Vicente de Paúl fue fundamental en la vida de Andrés Coindre y que el itinerario espiritual que describe nuestro fundador cuando habla de San Vicente es similar a su propio itinerario. Trataremos de verlo con más detalle.

## **EL FUEGO**

En el panegírico dedicado a San Vicente de Paúl que ha llegado hasta nosotros como manuscrito 162, Andrés Coindre describe las características de lo que él llama “obrero evangélico”. Dice nuestro fundador, entre otras cosas, que un obrero evangélico es un fuego divino que abrasa todo lo que toca y que, a pesar de su poder, no se deja ensombrecer por la soberbia.

San Vicente de Paúl es el apóstol incansable de los pobres. La actividad evangélica de sus 80 años fue extraordinaria. En 1625 funda la Congregación de la Misión, religiosos a los que hoy conocemos como paúles, vicencianos, vicentinos o lazaristas. El primer carisma de la Congregación fue la evangelización de los campesinos, que en aquellos tiempos estaban muy abandonados. San Vicente se da cuenta de que si sus sacerdotes no están bien formados su acción misionera será poco fructífera. Así que dedica mucho tiempo a la formación de sus sacerdotes y al establecimiento de seminarios diocesanos.

Funda también, junto a Santa Luisa Marillac, las Hijas de la Caridad. El origen de las religiosas está en una organización femenina de ayuda a los pobres que se llamaba la Fraternidad de la Caridad. «*Amar a los pobres y honrarlos como honrarían al propio Cristo*» es la misión a la que se encomiendan las jóvenes que se reúnen en la casa de Luisa de Marillac. Al principio no tienen conciencia siquiera de estar fundando una nueva congregación. No piden autorizaciones civiles ni eclesiásticas porque la caridad no necesita permisos.

La actividad del santo es incansable y a lo largo de su vida tiene tiempo para ocuparse personalmente de condenados a galeras, soldados heridos y enfermos, ancianos desamparados, niños pobres, esclavos, mendigos y todo aquel que tiene la dicha de acercarse al santo para ver el rostro misericordioso de Dios. El capítulo cuarenta y cinco de la biografía de Abelly comienza con estas palabras: “*La caridad del Sr. Vicente se parecía al fuego, que siempre está en acción cuando encuentra materia propia; o mejor, estaba animada y abrasada por el fuego celestial que Jesús vino a traer al mundo, y que pone a los corazones en continua disposición de trabajar por la gloria de Dios y por la salvación de las almas*”. San Vicente es fuego.

Andrés Coindre sólo vivió 39 años. Desarrolló su obra evangélica desde 1812, año en el que es ordenado sacerdote, hasta 1826, el año de su muerte. Catorce años de una actividad infatigable. Funda junto a Santa Claudine Thévenet las Religiosas de Jesús María, procedentes de una asociación de damas caritativas que ellos mismos habían fundado en 1816 y que tiene por nombre la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús. Los inicios de la obra no pueden ser más humildes y desesperanzadores. Aquella noche del 5 de octubre de 1818 en Pierres-Plantées sólo estaban la viuda Ferrand, Juana Burty con su telar, una huérfana y Claudine. La propia Claudine dice que le parecía que se había comprometido en una empresa loca presuntuosa y que, considerando todas

las circunstancias, la obra estaba llamada al fracaso. Pero también estaba el Señor que bendice a los humildes y funda proyectos en pobres manos abiertas.

Atendiendo a la llamado de los niños y jóvenes pobres y sin esperanza Andrés Coindre establece una providencia para atender a niños y jóvenes presos, vagabundos y abandonados. Esta providencia, que después tomará el nombre de Pieux Secours, es el germen de la congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón. Los primeros colaboradores de Andrés tampoco parecen ser capaces de superar una selección de personal medianamente rigurosa. Antonio Ghenton rechaza la invitación de Coindre para hacerse religioso y deja de trabajar en tareas educativas para orientar su futuro en una imprenta lionesa. Guillermo Arnaud, nuestro hermano Xavier, es un joven voluntarioso y decidido, un verdadero hombre de fe que responde a la llamada de Dios. Pero visto desde fuera, diríamos que no estaba lo suficientemente formado para ser el primer hermano de una congregación destinada a la educación de los jóvenes. Otra vez los renglones torcidos de Dios.

Sin posibilidad de permanecer en sus propias fundaciones, el Padre Coindre sigue extendiendo el fuego de la palabra de Dios en las zonas rurales de los departamentos próximos a Lyon. A instancias de Monseñor de Salamon, un superviviente milagroso de las purgas contra católicos de la Revolución francesa que él mismo describe en un relato escalofriante, funda los Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol. Además, su actividad apostólica le lleva visitar las prisiones, ofrecer trabajo y escuela a niños pobres, cuidar enfermos y derramar fama de santidad entre todos los que tuvieron la fortuna de conocerle. En las primeras reglas que da a los Hermanos del Sagrado Corazón les dice que recuerden a menudo las palabras de Jesús, *“He venido a traer fuego a la tierra y no desea sino que arda”*. Y añade: *“Procurarán que este fuego prenda en todos los corazones, después de habérselo incorporado ellos mismos del Corazón Sagrado de Jesucristo”*. El Padre Coindre se ha llenado del fuego de Dios. El Padre Coindre es fuego.

Si Dios nuestro señor buscaba hombres capaces de extender el fuego de su amor, aquí encontró a dos pirómanos. Dos sacerdotes a los que separan 200 años de historia. Es más que probable que Andrés se inspirara en Vicente para desarrollar su obra apostólica. En los dos, el impulso proviene de la misma fuente. El fuego inagotable de la palabra de Dios que es capaz de incendiar el corazón. Y una vez que se desata este fuego ya no hay fuerza humana capaz de detenerlo.

### **LA HEREJÍA. SAN VICENTE DE PAÚL CONTRA EL JANSENISMO.**

En el fresco *Las tentaciones de Cristo* de Botticelli, que se encuentra en la Capilla Sixtina, aparece el diablo en escenarios sucesivos tentando a Dios Nuestro Señor. La técnica de la pintura narrativa italiana del quattrocento permite describir toda la escena del capítulo cuarto del evangelio de San Mateo. Satanás se muestra disfrazado de anciano y santo peregrino, manto oscuro con capucha y un báculo que parece sostener su debilidad. Por debajo del manto asoman unas garras y unas alas que recuerdan a las arpías del Infierno de Dante. Las propuestas que hace el demonio a Jesús parecen del todo razonables. El primer fracaso llega cuando propone a un Jesús hambriento que convierta las piedras en pan. Tampoco tiene éxito en la cúspide del

templo. Solo cuando se siente vencido, cuando ve que no hay vuelta de hoja, cuando es consciente de que su poder se ha acabado porque “al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás”, solo entonces arroja el manto y el báculo y enseña su horrenda figura mientras se despeña desde la cima del monte.

La herejía es un asunto del diablo. Pero raras veces enseña los cuernos, la cola y sus uñas carroñeras. Se trata de no asustar a los bien pensantes que creen estar ante un movimiento renovador o modernizador de la Iglesia. Lo único que puede detener la herejía son los hombres santos, que con la ayuda de la gracia de Dios, se dan cuenta de que las nuevas doctrinas comprometen su fe y su propia existencia. Estos hombres son explícitamente conscientes de que alguno de sus contemporáneos han comenzado a fabricar ídolos que los alejan cada vez más del mensaje del evangelio. No es fácil. Muchas veces se necesita una intuición especial para ponerse a nadar contra corriente y grandes dosis de energía para aguantar los embates de los enemigos.

San Vicente de Paúl y nuestro Padre Coindre fueron explícitamente conscientes de la herejía de su tiempo. Tuvieron la valentía de enfrentarse a situaciones en las que muchos cristianos de su época se encontraban cómodos. Abandonaron una posición privilegiada para defender de palabra y de obra la verdadera esencia del evangelio ante los que habían encontrado caminos, al parecer más razonables para vivir su fe. San Vicente de Paúl fue el campeón de la lucha contra el jansenismo. El Padre Coindre tuvo una lucidez excepcional para darse cuenta de que el pensamiento ilustrado, había tratado de borrar a Dios del horizonte vital de los hombres.

El jansenismo toma su nombre de Cornelio Jansenio, obispo de la ciudad flamenca de Ypres. Podemos decir que Corneille Jansen, como reza su nombre original, nunca fue jansenista en el sentido heterodoxo del término. Había muerto en 1638 declarando su amor y sumisión a la doctrina de la Iglesia. Dos años después de su muerte se publica en Lovaina el *Agustinus*, obra de Jansenio que propone una lectura muy estricta de la teoría de San Agustín sobre la gracia divina. El promotor de la publicación fue Jean Duvergier, natural de Bayona, abad de la abadía francesa de Saint Cyran, amigo y compañero de estudios de Jansenio. Saint Cyran, como pasará a ser conocido en la historia, es el principal impulsor y propagador del jansenismo.

El hombre está predestinado desde su nacimiento a la salvación o a la condenación. Por tanto hay hombres que reciben una gracia eficaz para salvarse y otros que no. La contribución que puede prestar el hombre a su propia salvación es prácticamente inapreciable. Dios es soberano para decidir qué hombres se salvan. Para comparecer ante Dios en la eucaristía es necesario estar totalmente libre de impurezas, por eso en la mayoría de las comuniones que se realizan en las iglesias Dios no recibe más que ultrajes y ofensas. Lo mejor es espaciar el tiempo para recibir la comunión y, si es posible, retrasarla hasta el momento de la muerte, cuando uno esté seguro de que se presenta ante Dios con total pureza. De la misma manera, es absurdo que se absuelva a los que se acercan al confesionario antes de que hayan cumplido con la penitencia que se les ha impuesto. Y si la penitencia quiere ser proporcionada a las faltas cometidas, la reparación puede durar semanas o años.

Estos son alguno de los argumentos que sostenían los jansenistas. Se consideraban discípulos fieles del mensaje de San Agustín y no se reconocían, en manera alguna, como heterodoxos. Se declaraban católicos en el más alto grado de pureza. Tenían su bastión en la famosa abadía de Port Royal y a Blas Pascal como el más firme defensor de la causa. Los jesuitas se convirtieron en los principales enemigos, a los que acusaban de favorecer la aparición de una moral laxa que iba a conducir a la Iglesia a la más absoluta ruina espiritual.

San Vicente de Paul y el abad de Saint Cyran eran casi paisanos. Saint Cyran era de Bayona, como hemos dicho, y el de Paúl procedía de las vecinas Landas de Gascuña. Se conocieron en 1624 en casa del fundador del Oratorio, el cardenal Bérulle que era amigo de ambos. Surgió entre el abad y el fundador una profunda amistad que solo se rompió años después, cuando Saint Cyran empezó a recorrer el camino de la herejía. San Vicente se opuso decididamente a las nuevas doctrinas. Él fue el principal impulsor de la apelación a Roma en contra del jansenismo. También apoyó moral y materialmente a quienes defendieron la ortodoxia en la sede romana. Aprovechando el ascendiente que tenía sobre muchos obispos franceses, les rogó que se sumaran a la súplica dirigida al Papa Inocencio X para que condenara las tesis jansenistas, como finalmente sucedió en 1653 con la bula *Cum Ocasione*.

Para San Vicente, la lucha contra el jansenismo es una cuestión absolutamente vital. No abandona sus tareas para luchar contra la herejía. Lucha contra la herejía porque es absolutamente contraria a lo que él considera la vivencia cristiana. Lucha porque si no, su vida y toda su obra se desmoronan. Las misiones en las que los campesinos encuentran consuelo espiritual no tienen ningún sentido si es preciso esperar semanas e incluso meses para recibir la absolución. El trabajo de sus sacerdotes de la Congregación de la Misión es inútil. La caridad de sus Hijas tampoco tiene ya sustento teológico. El amor universal de Dios que extiende su misericordia a todos los hombres por medio de Jesucristo se transforma en un plan de salvación donde gran parte de la humanidad queda excluida desde el principio.

Vicente da un paso adelante porque siente la necesidad de desenmascarar al diablo que, como el de Botticelli, se había ocultado bajo los hábitos de la ascesis y la pureza. Declara que está dispuesto a dar la vida para defender la verdad de la fe. A pesar de ello el jansenismo seguirá presente en la vida de Francia, convirtiéndose más de 100 años después en el germen de la Iglesia constitucional francesa, la iglesia de la constitución civil de clero, la Iglesia de la revolución. Una iglesia y una jerarquía dividida entre los juramentados y los refractarios. Esta es la situación que encuentra el Padre Coindre en sus primeros años de seminario. Él también tendrá que hacer frente a otra forma de herejía, quizás la más terrible: la increencia.

#### **LA HEREJÍA. EL PADRE COINDRE CONTRA LA INCREENCIA.**

Desde muy joven, el Padre Coindre fue perfectamente consciente de que el pensamiento moderno trataba de alejar a Dios de la vida de los hombres. No fue una intuición. Se trataba de una certeza aquilatada en la lectura de la filosofía contemporánea. El sermón que lleva por título *Actualidad de la religión* (Manuscrito 9 X) es un excelente compendio de los argumentos que usaba la filosofía de su tiempo

para oponerse a la fe y, más en concreto, a la fe cristiana.

Los orígenes de la increencia en el mundo occidental son, sin embargo, anteriores al Padre Coindre. La ausencia de Dios es un fenómeno prácticamente desconocido en la Antigüedad y también durante la Edad Media y el Renacimiento. Se pueden encontrar manifestaciones de ateísmo y de agnosticismo en estos periodos pero son muy escasas y, sobre todo, mucho menos significativas que las corrientes de pensamiento dominantes, donde Dios y la transcendencia estaban ineludiblemente presentes el cualquier sistema filosófico que tratara de explicar la vida de los hombres.

Así pues, la increencia nace fundamentalmente con la modernidad. La ilustración es decisiva en este aspecto. El filósofo prusiano Immanuel Kant, por otra parte un hombre muy religioso, establece una clara distinción metodológica entre las ciencias de la naturaleza y la metafísica. Las primeras quedan bajo el dominio de lo que llama razón pura, y las teorías sobre Dios y el alma pertenecen, en cambio, a la razón práctica. La modernidad adaptará esta teoría concluyendo que la idea de Dios no es racional.

A todo esto hay que sumar el influjo de una de las figuras más relevantes del pensamiento francés de la época. Voltaire es el gran enemigo de la Iglesia francesa. No cree en la intervención de Dios en la vida de los hombres y, por tanto, el concepto de la irrupción de Dios en la historia le es ajeno. Cree en un Dios lejano, intemporal, que mira indiferente el devenir histórico de sus criaturas. Es uno de los más destacados intelectuales de la época contaminados por el deísmo.

El Padre Coindre, que nace dos años antes de la revolución francesa, es testigo durante su infancia y adolescencia del desarrollo social de las ideas de las que venimos hablando. Cuando llega al seminario menor de l'Argentière en 1803, con 17 años, Francia está sufriendo una de las mayores tentativas de la historia de terminar con la tradición, la fe y las costumbres cristianas de un país.

La Revolución francesa ha pasado a la historia como uno de los acontecimientos claves para el nacimiento de las democracias modernas. No vamos a entrar en esta cuestión, cada vez más discutida. Lo que ya casi nadie discute es que la revolución también fue un intento sistemático de terminar con el cristianismo y con la iglesia católica en Francia, un país que era la hija mayor de la iglesia, *la fils aîné de l'Église*. Esta inquina llegó hasta el genocidio de los católicos a manos de los revolucionarios franceses en la región de la Vendée entre 1793 y 1796.

Creemos que los años de formación y de estudio en los seminarios de l'Argentière y de San Ireneo fueron decisivos para Andrés Coindre en el proceso de tomar conciencia de una realidad que se hacía cada vez más incontestable: el poder político se había servido de las corrientes filosóficas en boga para quitar a Dios del horizonte vital de los hombres. El mensaje que había calado en la sociedad era que la idea de Dios ya no era moderna, y mucho menos la del Dios que se había hecho hombre para salvarnos. Como mucho se podía aceptar a un Dios más acorde con los tiempos, e incluso entronizarlo en Notre-Dame con el nombre de la Diosa- Razón.

Los sermones de Andrés Coindre nos llevan a pensar que este joven sacerdote comprendió desde muy pronto la gravedad del proceso de descristianización que se estaba produciendo en la sociedad de su época. Es más. Creemos esta certeza iba a definir lo que iba a ser su misión y el campo de su apostolado para el resto de su vida: trabajar incansablemente para volver a poner a Dios en el horizonte vital de los hombres.

Esta vocación, este carisma fundamental va a ser determinante en la tarea incansable que determinará su vida. Como San Vicente de Paúl, dirige su mirada misericordiosa a todos los campos de actividad que le permiten colocar a Dios en el centro de la vida de los hombres, de la misma manera que se encarga de colocar la cruz en el centro de la vida de los pueblos.

Poner a Dios en el corazón del hombre significa viajar a los pueblos más recónditos, a predicar las misiones y compadecer a los humildes campesinos franceses azotados en su fe por las corrientes dominantes de la increencia y el ateísmo. Significa atender a las niñas abandonadas, expuestas al vagabundeo y la prostitución, y buscar para ellas maestras cristianas que les muestren el camino de la vida y también el que lleva hacia a Dios. Significa atender a los jóvenes presos, a los que la filosofía y las sociedad solo les ofrece la justicia y la cárcel.

Para comprender esta visión global de una obra tan aparentemente dispersa como la del Padre Coindre, recomiendo vivamente la lectura del sermón *Actualidad de la religión* (André Coindre. Escritos y documentos. 5. Obras oratorias pp. 29 y siguientes), del que hablábamos al principio. En su lectura sigue resonando el mensaje de nuestro fundador. ¿Ante el triunfo de la creencia, de la injusticia, del mal en un mundo sin Dios, dónde está nuestra responsabilidad como cristianos y como religiosos? ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Y si no lo hacemos nosotros, quién lo hará?

### **LA RELIGIÓN DE LOS POBRES. LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN.**

San Vicente de Paul funda la Congregación de la Misión el 17 de abril de 1625. La firma que dará nacimiento a esta nueva comunidad eclesíástica se realiza en el palacio de los Gondi, en París, en presencia del matrimonio titular y de dos notarios. La nueva institución quiere ocuparse del bienestar espiritual de los campesinos franceses.

Ser de pueblo es una cosa dura. También lo era en los tiempos de San Vicente de Paúl. Los campesinos tenían que soportar los impuestos de la nobleza local y de la administración general del estado francés. Los numerosos ejércitos que atravesaban los campos dejaban los graneros devastados y las poblaciones empobrecidas y humilladas. En los pueblos se había instalado, además de la pobreza, la indigencia espiritual, la ignorancia religiosa y el hambre de la palabra de Dios. Las misiones rurales francesas que se desarrollaron a partir del siglo XVI y que llegaron al siglo XX han sido bautizadas por el autor Louis Châtellier como la religión de los pobres. Para servir a esos pobres campesinos pone en marcha San Vicente su nuevo proyecto:

*"Dios ama a los pobres, y, por consiguiente, ama a quienes aman a los pobres, pues,*

*cuando se ama mucho a una persona, se siente también afecto a sus amigos y servidores. Pues bien, esta pequeña compañía de la Misión procura dedicarse con afecto a servir a los pobres, que son los preferidos de Dios; por eso tenemos motivos para esperar que, por amor hacia ellos, también nos amará Dios a nosotros. Así, pues, hermanos míos, vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y desamparados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios".*

Las misiones rurales nacen con la aparición de las órdenes mendicantes y se hicieron comunes antes del Concilio de Trento, de la mano, sobre todo, de los franciscanos y de los jesuitas. Después del concilio se convirtieron en la punta de lanza, muy poco eficaz por cierto, contra la reforma protestante. Los misioneros de San Vicente de Paul, ya a partir del siglo XVII, fueron determinantes para que muchas zonas rurales tomaran conciencia de su identidad católica, que privilegiaba a los pobres y los humildes. Este catolicismo arraigado en las clases populares fue el principal obstáculo que encontró muchos años después, ya en tiempos del Padre Coindre, la revolución francesa en su proyecto sistemático de borrar la huella cristiana del estado y de la sociedad francesa.

Los misioneros son habitualmente sacerdotes asentados en las ciudades. Casi todos tienen el presente y el futuro asegurados. Trabajan en parroquias, son capellanes de conventos o pertenecen a los colegios de las catedrales. Para ser misioneros se ven obligados a dejar sus trabajos habituales, algunos de forma temporal y otros de manera definitiva, y centrarse en el cuidado de campesinos pobres. Viven de una bolsa común que procede de los benefactores o que la sufragan de su propio peculio. Van de pueblo en pueblo organizándose para atender a las numerosas actividades que requiere una misión. En la medida que estos sacerdotes dejan su seguridad personal para servir a los humildes, el movimiento misionero también supone una gracia de renovación para la iglesia de Francia.

La actividad de los misioneros era extensa aunque muy bien delimita. Tenían que predicar el evangelio, confesar, celebrar la eucaristía, enseñar el catecismo, promover cofradías de caridad y mediar en las discordias. Además, también estaban previstos ejercicios espirituales destinados a los sacerdotes de las zonas rurales, gente de buena voluntad pero con escasa formación para el desarrollo de su apostolado. Los momentos para cada ejercicio estaban muy delimitados. La organización de las jornadas permitía que las gentes del campo pudieran continuar con las tareas y los trabajos habituales. Por la mañana, antes de ir a trabajar, se realizaba la predicación para todo el día. Al atardecer las gentes escuchaban las explicaciones del catecismo y comenzaban a prepararse para los momentos sacramentales fuertes de la misión: las confesiones individuales y la eucaristía comunitaria que cerraba la misión.

Otra de las características de los sacerdotes de la Congregación de la Misión era el uso de una oratoria adecuada a sus fieles. La mayoría de los sacerdotes se habían formado en el uso de la retórica barroca. Confrontación de conceptos, juegos de palabras, figuras retóricas destinadas a la sorpresa y el regocijo literario chocaban con los conocimientos de unos campesinos muy poco instruidos, si no analfabetos. San

Vicente de Paul promueve los discursos sencillos, que lleguen a la mente y los ojos del pueblo. Y junto a las palabras, el uso de acciones que refuercen significados, gestos que llamen a la conversión y que sirvan, a través del sacerdote, para volver a mirar a Dios.

En definitiva, las misiones del siglo XVII en Francia, promovidas principalmente por la obra de San Vicente de Paúl, suponen un acabado programa, no solo para reformar la vida de la fe, sino también para devolver la vida comunitaria a muchos pueblos que habían sido literalmente dejados de la mano de Dios. Esta es la tradición que recogerá el Padre Coindre a principios del siglo XIX, y que encontrará una situación de la Francia rural todavía más precaria. La revolución francesa había dejado miseria y desesperación a partes iguales. Y a pesar del poco arraigo que tuvo entre los campesinos las imposiciones de la iglesia revolucionaria, todavía pasará mucho tiempo para que se curen las heridas que dejó la polémica entre los sacerdotes juramentados y los refractarios, entre los fieles a la Iglesia de Roma y los partidarios de la Iglesia de la revolución.

### **LOS MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN DE MONISTROL**

Una cosa es predicar y otra dar trigo. Y una cosa es dedicarse a la predicación y otra ser predicador de misiones. El Padre Coindre estaba destinado a ser predicador urbano y a codearse con los estamentos más nobles de la iglesia y de la sociedad. Había nacido para predicador de relumbrón. En el seminario de San Ireneo ya apuntaba maneras. Aquel joven de porte noble, lector apasionado, con cualidades para la acción dramática iba a dar nueva gloria a la oratoria sagrada francesa, continuando el camino emprendido por Bossuet, Bourdaloue y Fénelon. Por eso asistió a un curso de elocuencia durante seis meses. Por eso fue escogido para ser el predicador del acontecimiento religioso y civil más importante del año, el encargado de pronunciar el discurso para celebrar el aniversario de la coronación de Napoleón como emperador de Francia, el 5 de diciembre de 1813.

Algo se torció a través de las líneas derechas del camino de rosas de Andrés. Porque en 1816 se une a un grupo de jóvenes sacerdotes que había reunido el vicario Bochard en la Maison Carrée, la antigua casa de los cartujos de Lyon. Coindre ejerce un claro liderazgo entre sus compañeros y desempeñará durante los próximos años los momentos más significativos de las misiones, entre ellos la erección de la cruz con la que finalizaba cada una de las misiones. Estos sacerdotes querían tomar el relevo de los Misioneros de Francia, fundados por Rauzan en 1807 pero obligados a disolverse sólo dos años después. Tenemos pues a Andrés que en el espacio de tres años ha pasado de ser la joven promesa de la oratoria lyonesa a predicador rural y pastor de campesinos y gente sencilla de los pueblos del Loira. Y por si esto fuera poco, también se muestra preocupado por los niños y niñas que vagabundeaban por las calles. No es extraño que Bochard le dijera repetidamente que se estaba echando a perder, que se dedicaba a “desperdiciar en pequeñas obras un talento de primer orden para la predicación”.

Esta es una de las características que acerca la obra de Coindre a la de San Vicente de Paúl. La predicación no es una obra solo destinada a recuperar la pureza doctrinal sino

también y sobre todo a restaurar la justicia social. Dice San Vicente de Paúl a sus sacerdotes: *“Si hay alguno entre vosotros que creen que están en la misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que les asistan de todas las maneras, nosotros y los demás, si queremos oír esas agradables palabras del soberano juez de vivos y muertos: Venid benditos de mi padre...”*.

De la misma forma, el Padre Andrés Coindre, imagina el triunfo de la filosofía pagana sobre el de la religión cristiana, y enumera los restos del desastre, lo que pierde la ciudad humana cada vez que se aleja de la ciudad de Dios: *“Mas, ¡qué silencio!, ¡qué estupor! Veo las prisiones: ya no hay nadie para visitarlas. Veo los hospitales: ya no hay vírgenes cristianas para servirlos. Veo a los pobres: ya no hay cristianos para socorrerlos. Veo a una juventud ignorante: ya no hay sacerdotes para instruirla, ya no hay almas fervorosas para dirigirla. Veo a la gente sencilla de los pueblos: ya no hay pastores para instruirla. Veo a los ricos de las ciudades: ya no hay religión para contenerles. Veo a los príncipes de la tierra: ya no hay Dios para detenerlos. ¡Ah!, ¿qué va a ser de este mundo?”*.

Desde estas premisas de servicio a los pobres, en 1821 Coindre abandona la sede de los Cartujos de Lyon para instalarse en el Pío Socorro, y un año más tarde, en 1822, deja de pertenecer a los Padres de la Cruz de Jesús. Ese mismo año acude a la llamada de Monseñor de Salamon, obispo de Saint Flour y administrador de la diócesis de Le Puy, para establecer una congregación de misioneros en el Alto Loira. Los datos de los que disponemos nos dicen que el de Salamon pone toda su confianza en el Padre Coindre y en su nueva congregación que se va a llamar de los Misioneros del Sagrado Corazón de Monistrol. Sobre la nueva congregación, el obispo dice a sus feligreses: *“hemos considerado oportuno dotar de una obra parecida a Monistrol-l'Évêque, para la diócesis de Le Puy. Los Eclesiásticos que van a levantar esta casa son todos dignos de vuestra confianza. Varios de ellos ya han dado pruebas inequívocas de su celo, de su caridad, de su entrega por la salvación de las almas; todos justificarán nuestra espera y se harán cada día más dignos de su santa vocación. Instrumentos del amor de Jesucristo hacia los hombres, ellos se ponen especialmente bajo la protección de su divino Corazón, del que desean imitar su dulzura, su ternura y su inagotable caridad por los hombres. La mies es mucha; ¡díguese el Señor enviar muchos obreros para la cosecha! ¡Que todos los sacerdotes movidos por el celo de la casa de Dios, se apresuren a formar parte de esta buena obra! Ellos Nos encontrarán dispuestos a apoyar su generosa entrega a la causa del Señor”*.

Creo que disponemos de pocos datos de la relación entre Monseñor de Salamon y el Padre Coindre. Puede ser un estudio interesante. Louis-Siffrein-Joseph de Salamon había sido internuncio del Papa en Francia durante la Revolución Francesa. Escribió un diario absolutamente estremecedor sobre su experiencia personal durante la masacre de sacerdotes y fieles católicos en septiembre de 1792. El librito lleva por título *Mémoires inédits de l'Internonce à Paris pendant la Révolution, 1790-1801*. Monseñor de Salamon narra en primera persona el juicio sumarísimo que sufrieron él y sus compañeros de prisión y que llevó a la mayor parte de ellos a la muerte, en ejecuciones viles y escabrosas realizadas en el patio anejo a la vivienda donde tenían

lugar los simulacros de juicio. El internuncio se salvó de manera milagrosa, en medio del hastío sanguinario de los asesinos. Es fácil suponer, que este hombre curtido en la lucha contra el mal, confiara en el ardor del joven misionero lyonés y que pusiera en sus manos la fundación de una nueva congregación para luchar contra la ignorancia y la pobreza de los pueblos de su diócesis. Esta alianza, desgraciadamente, no iba a durar mucho tiempo.

En 1823 se restablece la diócesis de Le Puy y la obra pasa a depender canónicamente del nuevo obispo, Monseñor de Bonald. El estrenado monseñor comienza a poner trabas a las atribuciones de las que disfrutaba el Padre Coindre. En 1825 monseñor de Bonald ya muestra sus intenciones de sustituir a los Misioneros del Sagrado Corazón por los jesuitas de la ciudad cercana de Vals. Es cuando el Padre Coindre decide dejar el camino libre a la autoridad eclesiástica, aunque ello suponga la práctica desaparición de la congregación de misioneros que acababa de fundar. Comienza la última etapa de su vida en Blois.

#### **NOTICIA PERIODÍSTICA DE UNA MISIÓN DEL PADRE COINDRE.**

El Padre Coindre fue el encargado de dirigir la ceremonia de la erección de la cruz que tuvo lugar en la ciudad de Bourg-en Bresse el 24 de abril de de 1820, después de una misión que duró aproximadamente un mes. La cruz se puso junto a la iglesia del monasterio real de Brou, uno de los monumentos más bellos de Francia. El monasterio y la iglesia fueron mandados construir a principios del siglo XVII por Margarita de Austria, viuda de Juan de Aragón, segundo hijo de los Reyes Católicos. En la base de la cruz, de forma cuadrada, todavía hoy puede leerse en cada uno de los lados: *erigée/ le 24/ avril/ 1820.*

Los misioneros estaban en Bourg desde antes de la semana santa. El Padre Coindre no era nuevo en la ciudad. Había llegado por primera vez en 1813 cuando el vicario Bochart lo envió como primer coadjutor de la iglesia de Nuestra Señora. Sólo había permanecido dos años, pero era muy conocido entre los vecinos. A pesar de que Bourg no era muy grande, allí había bautizado a 320 niños y casado a 65 parejas, como consta en los archivos parroquiales. El día 31 de marzo de 1820, día de Viernes Santo, el Padre Coindre predica la pasión del Señor con la lógica expectación entre los vecinos. Todos conocían las extraordinarias cualidades del predicador para la oratoria sagrada. El abate Ballet dice que “es en Bourg donde su talento y su gran atractivo por la cátedra sagrada se pusieron de manifiesto”.

No tenemos muchos más datos sobre el desarrollo de la misión. Suponemos que los temas comunes se adaptarían a la especial relevancia de los tiempos litúrgicos que estaban viviendo, es decir a la Semana Santa y a la Pascua. La estructura de las misiones permanecía prácticamente inalterable desde los tiempos de San Vicente de Paúl. Había una diferencia notable, sin embargo. San Vicente de Paúl y sus misioneros no eran partidarios de las procesiones ni de las manifestaciones ostentosas de la fe.

La manifestación pública de la fe era elemento indispensable en las misiones de nuestro fundador. Por eso el momento más significativo era la erección de la cruz. Este acontecimiento se convertía en el signo público de que la conversión había llegado no

sólo a los corazones, sino también al núcleo de la sociedad. El 24 de abril de 1820, a las dos de la tarde, el Padre Coindre dirige la ceremonia. Entre los presentes está un redactor del diario Le Drapeau Blanc. Este periódico había nacido en el año 1819. Se define en el subtítulo como el periódico de la política, de la literatura y de los teatros. Era un diario de carácter conservador, aunque a partir de 1821 entra de lleno en las contiendas políticas de la mano del sacerdote y literato Lamennais, el redactor-jefe de la época. La crónica que nos ocupa se publica el 2 de mayo de 1820. Dice así:

*Suenan las dos de la tarde del 24 de abril y la procesión se pone en movimiento. Abren marcha un piquete de gendarmes a caballo y la guardia nacional. Los bomberos de la ciudad y las tropas de asalto, todos ellos con sus mejores galas, forman columnas que acompañan al cortejo. Los estudiantes del colegio y los alumnos de otras escuelas caminan en cabeza. Las congregaciones religiosas masculinas y femeninas, precedidas de sus estandartes van en el lugares destacados. Después vienen las jóvenes que, cubiertas con velo blanco y el vestido de la inocencia, dejan oír los suaves acentos de una voz angelical mientras entonan los cánticos de la misión. Las siguen las damas de todas las clases sociales, también vestidas de blanco, que mezclan sus acentos con los de los primeros coros.*

*En marcado contraste, pero de forma análoga al sentimiento de dolor público, las damas de la cruz y de la maternidad que las siguen, llevan de forma lúgubre el vestido de duelo. Los músicos de la guardia nacional y los coros de la misión rivalizan en hacer sentir en el aire sus canciones melodiosas. El párroco de la ciudad, acompañado de los curas y vicarios de las parroquias vecinas van inmediatamente antes de la cruz. El Padre superior de la misión y los padres misioneros la siguen, acompañados de las autoridades civiles, judiciales y militares. También, el estado mayor de la guardia nacional y de las tropas de asalto, y un numeroso concurso de oficiales, funcionarios y personas de la más alta distinción de los diversos servicios administrativos de la ciudad.*

*La cruz, colocada en un plano inclinado sobre unas andas revestidas con un paño carmesí y adornadas con guirnaldas de flores, es llevada por veinticuatro hombres que son relevados de tanto en tanto por nuevos portadores, divididos en catorce secciones de veinticuatro personas cada una. No hay ningún grupo de ciudadanos que no haya solicitado este honor y los padres misioneros, abrumados con la decisión de elegir, sólo han rechazado las propuestas de aquellos que no pertenecen a ninguna corporación.*

*A las cinco en punto se ha plantado la cruz. El señor Coindre, subido sobre el pedestal, ha pronunciado un sermón acorde con la santidad de la ceremonia. Ha emocionado a todos los corazones pidiendo en nombre de la cruz, en nombre de Jesucristo que murió rezando por sus verdugos, el perdón de las injurias y el olvido del pasado. Este apóstol del Dios de las misericordias ha predicado la paz, la unión y la concordia a todos los habitantes de Bourg y les ha exigido la promesa de una reconciliación general.*

#### **LA CARIDAD. LUISA DE MARILLAC Y LA FUNDACIÓN DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD.**

La aventura de la caridad de San Vicente de Paúl nos lleva hasta Mâcon, una ciudad de 34.000 habitantes, situada en el departamento de Saona y Loira, hoy famosa porque vio nacer a la estrella del fútbol Antoine Griezmann. Pero lo que verdaderamente nos

lleva hasta allí tiene que ver con el breve viaje que San Vicente de Paúl hizo a la ciudad en 1621. Quedó profundamente impresionado por la muchedumbre de mendigos que había en las calles. Eran pobres como suelen ser los pobres que viven en la calle, sucios, inoportunos y pendencieros. Lo que más le impactó fue que aquellos pobres hombres y mujeres, además de llevar la carga de sus miserias corporales, también cargaban con el peso del alejamiento de Dios. Decide pues fundar allí su primera "caridad" y una de las primeras del Francia. Se trata de instituciones que recogen a los pobres y a los enfermos mentales. Enseguida crecerán y se extenderán por todo el país. Para sostener económicamente estas instituciones, se procedió a la fundación de asociaciones de caridad, asociaciones de hombres o de mujeres que poseían recursos o influencia en las ciudades y que eran capaces de conseguir recursos económicos con los que ayudar a los pobres.

Luisa de Marillac se había quedado viuda en 1625, a los 34 años. Después de la muerte de su esposo, y a pesar de tener un hijo, había hecho el propósito de dedicarse por completo al servicio de Dios y de los pobres. Poco después ingresó en una de las asociaciones femeninas de caridad que acompañaba a San Vicente de Paúl en su desvelo por los más necesitados. San Vicente enseguida vio en esta mujer cualidades para la gestión y la organización de sus caridades. Luisa visitaba los distintos establecimientos, animaba a los responsables, corregía abusos de los trabajadores y también se ocupaba de hablar de la palabra de Dios y de enseñar el catecismo a las niñas recogidas en las caridades. San Vicente había conseguido en solo unos años que Luisa se convirtiera en un poderoso instrumento para que los pobres sintieran las manos misericordiosas de Dios. Pero todavía faltaba el paso más importante. Entre 1630 y 1633, año de la fundación de las Hijas de la Caridad, fue produciéndose en Luisa una transformación espiritual de la que no se conocen los detalles. Manifestó muchas veces el deseo de consagrarse a Dios, sobre todo en la vía contemplativa, meditando sin resolverse nunca a ingresar en un convento de clausura.

El hecho es que las caridades de San Vicente de Paúl se iban multiplicando. Se necesitaba alguien que fuera capaz de dar un paso más y transformar una obra de caridad en una obra de Dios. No sabemos cómo se produce esto porque el proceso suele estar en manos de Dios. Es el propio santo el que propone a Luisa de Marillac que medite sobre hechos históricos que demuestran que en ocasiones la voluntad de los hombres va por un sitio y la voluntad de Dios por otro. Le recomienda que medite sobre el rey Saúl, que iba buscando una pollina y se encontró un reino, o sobre San Luis, rey de Francia, que partió a las cruzadas esperando conquistar las tierras de Cristo y en el camino se encontró a sí mismo y a Dios. La meditación sobre la vida de estos personajes puede llevar a Luisa a reflexionar sobre su propia vida; *"usted busca convertirse en sierva de esas pobres muchachas, y Dios quiere que sea sierva de Él y quizá de otras muchas personas a las que no serviría de otra forma. Y aunque sólo fuera sierva de Dios, ¿no es bastante para Dios el que su corazón honre la tranquilidad de nuestro Señor?"*.

Se ha insistido muchas veces en que la fundación de las congregaciones religiosas tiene que ver con motivos económicos. El Hno. Javier, en el caso de los Hermanos del Sagrado Corazón, insinúa que el Padre Coindre invitó a los primeros hermanos a la vida

religiosa para evitarse los gastos de los trabajadores por cuenta ajena. Es un argumento que ha triunfado incluso en nuestras historiografías oficiales, a pesar de que el Padre Coindre dice específicamente lo contrario. Será el propio Hermano Javier el que, más adelante, evite que los novicios se sigan dedicando a hacer de peones y de albañiles, unas tareas económicamente rentables para la congregación, y los envíe a Paradis para que puedan formarse con tranquilidad y sin tener que trabajar día a día para su propia subsistencia y la de la institución.

En el prospecto del Pieux Secours de 1818, el Padre Coindre, después de describir para los suscriptores todas las características del establecimiento, dice de forma explícita que su obra no es una simple obra de caridad sino que *“la religión es prioritaria, ha sido el primer objetivo de esta buena obra”*. El término “religión” que usa el Padre Coindre hoy se podría sustituir por el término “fe”. Es decir, el motivo fundamental de esta obra y de todas las obras del Padre Coindre, presentes y futuras es la fe, la evangelización de los hombres. Es una cuestión fundamental que a veces se olvida. Nuestro fundador no fundó a las religiosas de Jesús-María ni a los hermanos del Sagrado Corazón como organizaciones no gubernamentales de ayuda a la infancia. Su objetivo prioritario era la fe, poner a Dios en el horizonte de la vida de los hombres, de los niños y de las niñas a los que la sociedad y las costumbres se lo habían arrebatado.

San Vicente de Paúl se lo dice de forma todavía mucho más clara a Luisa de Marillac: *“Es muy importante asistir a los pobres corporalmente; pero la verdad es que no ha sido nunca el plan de nuestro Señor al hacer vuestra compañía cuidar solamente de los cuerpos, porque no faltarán personas para ello. La intención de nuestro Señor al hacer vuestra compañía es que asistáis a las almas de los pobres enfermos... Un turco, un idólatra, puede asistir al cuerpo... Hay que tomar la resolución de añadir al servicio que hagáis a los cuerpos la asistencia a las almas”*.

Vemos pues que tanto San Vicente de Paúl como el Padre Coindre buscaron dos mujeres que ya no eran tan jóvenes para que se hicieran cargo de sus obras de caridad: Luisa de Marillac y Claudine Thévenet. El siguiente paso fue ponerlas ante sí mismas y ante la llamada de Dios en sus vidas para que los pobres a los que sirvieran fueran la verdadera imagen de Jesús nuestro Señor.

### **LA CARIDAD. LAS PROVIDENCIAS DEL PADRE COINDRE.**

Lyon se despierta en los albores del siglo XIX con las costuras rotas de la sociedad industrializada que se acaba de inaugurar. La invención del telar Jacquard parece que va a suponer una fuente de riqueza que se va a derramar en las manos de los propietarios y de los trabajadores de los telares que pueblan la ciudad, sobre todo los nuevos telares que se han abierto en la colina de la Croix-Rousse. Se está cumpliendo el ideal ilustrado. El progreso trae la felicidad y el progreso infinito nos va a llevar a la felicidad infinita.

Sin embargo, como suele suceder, la cornucopia de oro sólo se derrama en unas pocas manos. Los trabajadores de los telares, los famosos “canuts”, llevan una vida miserable a la que arrastran también a los suyos. Los telares son negocios familiares donde trabajan todos los de la casa y donde los niños se llevan la peor parte. Mientras los

adultos manejan las máquinas, los niños son los encargados de acarrear los materiales, llevar las telas, retirar las basuras, a la vez que van aprendiendo el oficio. El telar está instalado en la propia casa y es el instrumento que marca la vida de la familia. No hay tiempo para el descanso. Todo es tiempo de trabajo. Tampoco hay tiempo para departir, convivir y santificar las fiestas, condición indispensable para la felicidad humana. El progreso ha llevado a muchas familias a la infelicidad plena.

Hay muchas almas caritativas que están preocupadas especialmente por la situación de las niñas. La violencia y los abusos empiezan en la propia familia. La pobreza empuja a muchas niñas a las calles inhóspitas de la ciudad para perder sus vidas en el vagabundeo y la prostitución. Algunas providencias recogen a estas niñas para apartarlas de los peligros de las calles. Es seguro que no hay lugar para todas y que las llamadas urgentes a la caridad se producen todos los días. Una de esas llamadas es la que recibió el Padre Coindre cuando encontró a aquellas dos niñas abandonadas. Un testimonio muy posterior al hecho, casi 100 años después, nos dice que eran dos niñas de 3 y 4 años que estaban en el pórtico de Saint Nizier. Este testimonio fue recogido después por la Hermana Gabriela María en Aquella noche en Pierres Plantées y ha pasado con éxito a las biografías del Padre Coindre.

Hay razones para dudar de que fueran dos niñas de 3 y 4 años. No inclinamos más a pensar que se tratara de niñas algo mayores, de las que sí abundaban en las calles de Lyon. Después de la acogida inicial en la celda de la cartuja que ocupan las Hermanas de San José, enseguida se inicia la providencia San Bruno, con telares que van a servir para sacar de la calle a las alumnas, darles un oficio y asegurar el sostenimiento económico de la institución. Siendo así, vemos muy complicado que unas niñas de 3 y 4 años pudieran quedar recogidas en una institución donde se trabajaba con telares.

Pero esto no deja de ser un aspecto anecdótico. El hecho fundamental es que el Padre Coindre se aleja definitivamente de un camino que, por sus cualidades personales, parecía conducirlo a las escalas superiores de la jerarquía de la Iglesia en Lyon y seguramente en Francia. Desoye los ruegos del vicario Bochart para que deje las caridades de lado, que sólo le hacen perder el tiempo. Pone en juego su vida y su futuro para entrar voluntariamente por el camino estrecho. Y digo voluntariamente porque en las notas de predicación encontramos numerosos testimonios de la necesidad de la caridad para llegar al corazón de Jesús.

No hay que olvidar que el principal objetivo de esta obra es el amor de Dios. Son palabras casi literales del prospecto del Pieux Secours de 1818. Creemos que el interés del padre Coindre en la educación de los niños y las niñas de su tiempo es relativo. Que su interés por formar honrados ciudadanos todavía es más dudoso. Lo que verdaderamente mueve al Padre Coindre es poner a Dios en el horizonte de los hombres y mujeres, de los niños y niñas de su tiempo. La caridad es la línea recta entre dos puntos: Dios y el corazón del hombre. Esa línea es la que recorre permanentemente el Padre Coindre a lo largo de su vida.

En este aspecto conviene destacar el aspecto aparentemente apresurado de su misión. Murió sin haber cumplido los 40 años y tuvo tiempo para fundar tres congregaciones

religiosas y predicar decenas de misiones populares. Pero es una injusticia decir que se despreocupaba de sus obras, o que era un hombre poco constante. Nada más lejos de la realidad.

El Padre Coindre era consciente de que la tarea evangelizadora no es una misión individual, sino comunitaria. Por eso, cuando emprende una nueva obra, su primera preocupación es encontrar colaboradores, no para el trabajo sino para la misión más elevada de llevar las almas hacia Dios. Por eso busca que sus compañeros se sientan entre la espada y la pared, mejor dicho, entre la caridad y Dios. Tanto a Claudine Thévenet como a nuestro Hermano Javier les propone recorrer la última parte del camino: llegar de la caridad a Dios. Consagrarse a Dios para consagrar también a los hombres, Y el Padre Coindre sabe que en cuanto encuentra colaboradores que recorren este camino, el futuro de la obra está prácticamente asegurado. Su presencia ya no es imprescindible. Ha llegado Dios.

### **VIDAS PARALELAS EN EL AMOR DE DIOS Y EN EL SERVICIO A LOS POBRES.**

Han sido muchos los santos que se hicieron por emulación de otros que les habían precedido en el camino desde la tierra hasta el cielo. Se trata de un estadio intermedio. Imitar a otros para acercarse mucho más a la imitación de Cristo, nuestro maestro y guía. Por eso dice el Papa Benedicto XVI que "los santos constituyen el comentario más importante del Evangelio, su actualización en la vida diaria; representan para nosotros un camino real de acceso a Jesús". Es evidente que San Vicente de Paúl constituyó un referente ineludible de santidad en la vida del Padre Coindre y que las obras de nuestro fundador fueron como un espejo de las del otro. Ya hemos visto que la biografía de San Vicente de Paul, de Pierre Collet, es uno de los pocos artículos personales que dejó el Padre Coindre en el momento de su fallecimiento.

Una de las características que une a nuestros dos santos es el fuego, el trabajo incansable y ardiente por el Reino. En uno de los casos, en una vida extendida durante casi 80 años, y en el otro en la corta trayectoria de un hombre fallecido en los albores de la vida adulta, a los 39 años de edad. San Vicente de Paúl, hasta entonces un sacerdote acomodado por decirlo de alguna forma, sintió la llamada de los pobres ya muy avanzada la treintena, cuando vio las condiciones miserables en las que vivía la población campesina que trabajaba en las tierras de los Gondi, donde el santo había llegado como preceptor de los niños y director espiritual de la familia. El Padre Coindre sintió esa misma llamada en los primeros tiempos de su vida sacerdotal, interpelado por la miseria de los niños abandonados en las calles de Lyon y por el desconsuelo de los campesinos a los que la revolución francesa había dejado sin la palabra de Dios y sin sacerdotes que pudieran servirla.

Un acicate en la vida de nuestros santos fue precisamente la lucha contra la impiedad. San Vicente de Paul fue un abanderado en contra del jansenismo. Dios había sido sustituido por la moral. Parte de la jerarquía religiosa había impuesto a los fieles cargas que eran imposibles de llevar y que conducían a la desesperación y al alejamiento de Dios. En el caso del Padre Coindre, la indiferencia, la ausencia, el alejamiento y la confrontación era la moneda corriente en el trato con las obras de

Dios y de la Iglesia. Muchos cristianos vivían con apatía en un mundo donde Dios había sido eliminado del horizonte. En ambos casos, la respuesta fue la misma. Por una parte, dejar los sucedáneos y poner a Dios en el centro de la vida de las personas. El verdadero y único Dios que se ha hecho carne en Jesucristo. Por otra, buscar a hombres y mujeres que lleven a Dios a la vida de los hombres. Los colaboradores de San Vicente de Paúl y del Padre Coindre no fueron hombres y mujeres especialmente eficientes ni preparados. Fueron personas a las que nuestros santos les llevaron por el camino del encuentro con Dios. Una vez que lo encontraron, pudieron enseñar el camino a los demás y desde entonces considerarse autosuficientes para la evangelización. Santa Luisa de Marillac, Claudine Thevenet, el Hermano Xavier hicieron cursos acelerados de santidad, lo que permitió que sus obras gozaran de un impulso mucho más importante que el que pueden proporcionar mil cursos de eficiencia empresarial. Nuestra eficiencia es el evangelio. No hay atajos.

El apego a los pobres no solo es decisivo, sino que explica la el recorrido vital de nuestros personajes de vidas paralelas. Conviene analizar esta circunstancia con un poco de atención. Ambos eran sacerdotes y, por tanto, tenían construido un camino de santidad, por decirlo de alguna forma. Vicente al servicio de la familia Gondi, en el ambiente de religiosidad y de moderación que se le pedía a un sacerdote-capellán de una de las más nobles casas de Francia. Coindre dedicado a la predicación en la diócesis de Lyon, con un futuro prometedor en la iglesia de Francia necesitada de los líderes intelectuales que había tenido en el pasado. Ambos se dejan atrapar en la pobreza de sus semejantes. Pensar que lo que buscaban era remediar la pobreza de sus contemporáneos mediante redes de establecimientos caritativos es pensar en lo excusado. Ellos tenían claro que esa no es la misión del cristiano. La evangelización no consiste en llevar pan, sino en llevar el evangelio, preferentemente a los preferidos de Dios, a los pobres. Las obras de San Vicente de Paul y del Padre Coindre no son centros asistenciales para pobres sino centros de evangelización para todos, donde los pobres tienen que ocupar, sin lugar a dudas, el primer lugar.

Esta es pues la trayectoria vital de dos sacerdotes franceses a los que separan casi 200 años de historia. Sintieron la llamada de los pobres para abandonar un estilo de vida que ya era meritorio pero que no era suficiente para llenar el pozo que Dios había abierto en sus corazones. Fundaron congregaciones que hoy todavía se sostienen en el centro de una tempestad que recuerda mucho a la que ellos vivieron. En medio de la indiferencia de la gente, frente a las imágenes de un Dios que no se parece en nada al Jesús del evangelio seguimos reclamando ese primer impulso de nuestros primeros padres. El guión que debemos seguir ya lo dejaron escrito. Cada uno de los hijos de San Vicente de Paúl, cada uno de los hijos del Padre Coindre no debe tener más que dos ocupaciones que guardan un orden cronológico y reiterativo. La primera ocupación es la de encontrar a Dios. La segunda es la de llevárselo a los pobres.

H. Javier Marquínez